

LA ARRUGA

AGONÍA EN UN ACTO

(La escena representa un cuarto de estar, abarrotado de muebles y objetos diversos. De pie, quietos, inmóviles Alfredo, don Alfredo, empleado de banco, favorito de su director y jefe; su mujer, blanca como una muñeca de porcelana; y Casia, especie de criada.)

Se oye un ruido como de uñas arañando la pared.)

MUJER.—Bueno, Casia, ya puedes retirarte. *(Casia sigue firme.)* ¡Ay Alfredo!, esta arruga me tiene preocupada. Cada vez corre más.

ALFREDO.—¿Y la crema que te traje ayer? Mejor no la pude encontrar.

CASIA.—Que ya está usted vieja, señora. Eso sí que no hay quien lo pare.

MUJER.—Por Dios, Casia, no digas eso. A los 180 años no es para tener arrugas, y menos ésta. ¡Es enorme!

CASIA.—Que sí, señora, eso no tiene remedio; hay que jorobarse.

MUJER.—¡Ay, ay!

ALFREDO.—Bueno, mujer, no te pongas así; después de todo no es para tanto.

MUJER.—¿Que no es para tanto? Es horroroso, horroroso. Es... es... como una grieta que cada vez se extiende más deprisa, y no hay manera de detenerla.

CASIA.—No hay manera.

MUJER.—Ya me ha atravesado la espalda y pronto se me enredará en las piernas. ¡Es espantoso! *(Llora.)*

ALFREDO.—Vaya, vaya; pero si eso no es nada extraordinario, mujer: eso le puede pasar a cualquiera. *(Con-*

fidencial.) Si te digo la verdad, hasta me parece que a mí me está saliendo una igual, je, je, je.

CASIA.—Ji, ji, ji.

MUJER (*le mira sorprendida*).—¿También..? (*Llora más fuerte,*)

ALFREDO.—Caramba, hoy no hago más que meter la pata.

CASIA.—Yo no digo nada, pero el otro día... ji, ji, ji, la señora que sirvo de 2 a 3 de la madrugada, se me quedó en el sitio, cuando la estaba vistiendo. Sí, así como se lo digo. Estaba esperando al señor querido de los jueves, pues don Octavio, su marido, estaba en la cama, cansado como un perro. De repente y cuando más tranquila estaba, ¡zas!, se rompió en pedazos como si fuera una muñeca vieja. Los trozos rodaron por el suelo, y yo pensé: «Que se pudra». Así como se lo cuento. No dijo ni pío, ...y ni una gota de sangre. ¡La muy tacaña! Yo no quito ni pongo nada, pero también tenía la señora una arruga que le corría por todo el cuerpo.

ALFREDO.—Casia, por favor.

(*Mujer llora más aún.*)

ALFREDO (*A Casia*).—¿Ve lo que ha conseguido?

CASIA.—Si es la pura verdad, señorito; que se lo pregunten a la cocinera que también lo vio.

COCINERA.—¿Desean los señores..?

ALFREDO.—¡Yo no la he llamado!

COCINERA.—Pues sí, señor, todo eso es la pura verdad. Pero yo diría aún más. La mujer de don Octavio, que en paz descansa, se iba agrietando poco a poco por aquella arruga tan grande que tenía. Sí, sí, señora, cada vez se abría más. Y más. Hasta apesataba. Como se lo digo, olía a demonios. La señora esposa de don Octavio, que Dios la acoja en su seno, se ponía cosas para quitar aquel olor tan malo, pero nada. Al final casi ni se podía aguantar, olía toda la casa a rayos. Y cada vez se abría más, y yo diría que más... hasta que se rompió.

MUJER.—¡Ay, ay!

ALFREDO.—¡Bah!, todo eso son exageraciones. Yo tengo una muy pequeña, aquí, aquí detrás (*señala la es-*

palda), y no es para tanto. Ni apesta, ni por eso me voy a romper en pedazos. ¡Es absurdo!

MUJER (*entre sollozos*).—¿Además por qué precisamente nosotros? ¿Qué mal hemos hecho? ¿Es que no hemos cumplido? No se nos puede reprochar nada, ¿verdad, Alfredo?

ALFREDO.—Sí, querida, nada. Llevamos una vida honrada, recta, no como esa, que tenía amantes para todos los días de la semana. Somos virtuosos, ni una sola mancha, impecables. ¿Qué nos puede pasar? Vivimos con la conciencia tranquila, vamos a misa, pagamos los impuestos, hacemos caridad y no robamos ni matamos... ¿Qué podemos temer? Dios está con nosotros; nuestro Presidente está con nosotros; mi Jefe del Banco está con nosotros. ¡Al diablo los temores! Ya verás como pronto desaparecerán estas arrugas.

MUJER.—Yo que soy tan buena y piadosa... ¿qué podría pasarme? A todas vosotras os doy lo que me sobra, ¿verdad que me queréis?

CASIA.—Sí, señora.

COCINERA.—Claro que sí, señora.

MUJER.—Si alguien estuviese en contra mía, entonces temería algo, pero todos me quieren. ¿Tenemos enemigos, Alfredo?

ALFREDO.—Siempre los hay, querida. La envidia; nuestro dinero, nuestra posición social tan difícilmente conseguida por mis abuelos, atraen a toda esa chusma de vagos y borrachos. Sí, querida, tenemos enemigos. Ahí, en la misma puerta de la calle los tienes mordiendo las paredes y las ventanas para ver si consiguen destruirnos. (*Se oye el mismo ruido que al principio.*) Arañan las paredes con las uñas hasta que sangran; pero no se detienen. ¡Es tanto lo que nos odian..!

MUJER.—Alfredo, qué mundo más triste ¿verdad?

ALFREDO.—Sí, querida, hay que vivir lejos de esta sucia tierra para no oler a todos estos apestados.

APESTADO 1.º.—Aquí estamos, señor, siempre a sus órdenes.

APESTADO 2.º.—Para lo que gusten limpiar.

ALFREDO.—¿Y ustedes quiénes son?

CASIA.—Son los apestados que limpian el culo a los señores.
ALFREDO.—¡Ah! ¿Y quién les ha mandado llamar? Huelen a demonios.

APESTADO 1.º.—A mierda, señor.

ALFREDO.—A lo que sea, pero ¡fuera de aquí!

APESTADO 2.º.—Nosotros nunca hemos abandonado a los señores, aún en los momentos difíciles.

ALFREDO.—Pero ¿qué momentos difíciles?

CASIA.—La arruga, señor.

COCINERA.—La arruga.

MUJER.—¡Ay, ay! (*Llora de nuevo.*)

ALFREDO.—Están acabando con mi paciencia. Pero, mujer, no llores, si no nos va a pasar nada. Ea, para que te convenzas, y que se convenzan todos ustedes, voy a llamar a mi jefe del Banco. Casia, tráeme el teléfono.

CASIA.—Señor (*Le da el teléfono.*)

COCINERA.—(*Se dirige al público y dice estas palabras y las que continúan, alzando mucho los brazos, con aire esperpéntico, terrible.*) Tiemblas ¿eh? (*Alfredo empieza a ponerse visiblemente nervioso.*) El miedo ya se te agarrota en la garganta. Ese sudorcillo que te corre por la frente... Tú siempre tan firme, tan seguro, ahora te tambaleas ¿eh? El miedo te muerde las entrañas, casi ni te deja respirar. ¡Cómo sufres, imbécil! Y tú, mujercita delicada ¿no sientes cómo el dolor se te clava en la espalda cada vez con más fuerza? ¿Cómo te tira hacia adelante, cada vez más y más fuerte hasta doblarte el espinazo?

(*La Mujer se va encorvando poco a poco, como respondiendo a las palabras de la Cocinera, hasta quedarse completamente horizontal.*)

ALFREDO.—Con el señor jefe del Banco, por favor.

COCINERA.—¡Ah, cómo deseaba este día! ¡Estúpidos! Pronto reventaréis por el suelo, secos, sin un pizco de sangre. Rotos en pedazos, como lo que sois, simples y ridículos muñecos; porque no llegáis a ser hombres; nada más que objetos que ni ven, ni oyen, ni quieren ver, ni oír, porque no estáis pegados a esta sucia tierra, sino que os eleváis para no sentir el roce

con esa vuestra chusma de vagos y borrachos. Nosotros, esa chusma, somos los que os limpiamos y desinfectamos, para que no os llevéis una partícula de polvo, para que estéis limpios, limpios y perfumados. Nosotros, vuestra despreciable chusma, mantenemos vuestros piojos, y nos bañamos en vuestra porquería. Sudamos por vosotros, trabajamos por vosotros, aguantamos todo de vosotros porque en realidad ni existimos, no somos más que esa masa informe que aúlla cuando tiene hambre y roba para salir de la miseria o por la cochina costumbre. ¡Pudríos, imbéciles!

ALFREDO. — ¿Señor..? Soy vuestro más fiel funcionario, el número 3405, ¿se acuerda usted..? Siento haberle llamado, pero es que estoy muy preocupado... Sí, señor, ya sé que tiene usted los segundos contados, pero... El caso es que tenemos, mi mujer y yo, una arruga... sí, como suena, una arruga... ¿usted también..? No sabe que tranquilo me deja. ¿Cree usted que debemos preocuparnos..? ¡Oh, señor, cuánto se lo agradezco! No sabe que tranquilo me deja... ¡Mil perdones, señor! A su disposición. Adios, señor... adios, adios. (*A su mujer*): ¡Estamos salvados! No hay por qué preocuparse.

MUJER. — ¡Alfredo! (*Se dirige a abrazarlo.*)

ALFREDO. — Pero... ¿qué te pasa?

MUJER. — No sé..., de repente me he ido encorvando... No puedo enderezarme.

APESTADO 1.º. — La señora está encorvada.

APESTADO 2.º. — Y no se puede enderezar.

ALFREDO. — ¡Fuera de aquí!

CASIA. — Señora, siéntese usted que estará más cómoda.

MUJER. — Ay, sí, Casia, qué alivio.

ALFREDO. — Pero, querida, cómo ha podido ser... Pero si nuestro Jefe nos ha dicho que no había nada que temer... Esto es absurdo... Me niego a creerte.

MUJER. — ¡Alfredo, no me puedo enderezar!

CASIA. — La señora no se puede enderezar. ¿Lo ha oído, señor?

ALFREDO. — Lo he oído, demonios, no soy sordo. ¿Y qué?,

¿no se puede encorvar la gente? ¿Qué hay de extraordinario?

CASIA.—Nada, señor.

APESTADO 1.º.—Todo completamente normal.

APESTADO 2.º.—Normal. Absolutamente normal.

(Se oye un gran estrépito.)

ALFREDO.—¿Qué pasa? Es para volverse loco.

GUSANERO.—Señor, sus enemigos han echado la fachada de la casa al suelo. Además han dejado la puerta inservible, toda mordida.

ALFREDO.—¿Y usted, quién es?

GUSANERO.—El gusanero de los señores. El que se come los gusanitos de su jardín para que no estropeen sus flores.

ALFREDO.—¡Gusanos, puaf!

MUJER.—¡Alfredo, qué asco!

ALFREDO.—¡Basta ya! Esto es absurdo, absurdo, ¡absurdo! ¿Cómo demonios pueden pasar cosas así? Me niego a creer todo esto.

MUJER.—¡Alfredo, mis piernas!

ALFREDO.—Querida, por lo que más quieras, no hagas caso; todo es mentira. No nos sucede nada, nada, absolutamente nada.

MUJER.—¡Alfredo, mis piernas!

ALFREDO.—¡No puedo creerte! ¡No puedo creerte!

(Mujer, haciendo un gran esfuerzo por levantarse, cae aparatosamente al suelo.)

ALFREDO.—¡Absurdo, absurdo, absurdo!

(La escena se va llenando de personajes mudos, que poco a poco, van saliendo de los rincones, debajo de los muebles...)

VENDEDOR.—Aquí traigo, si me lo permiten, las últimas novedades en piernas y brazos ortopédicos. *(Lleva un saco que vacía en el suelo.)* Un surtido completo importado de los Estados Unidos. *(Alfredo está ya fuera de sí.)* Facilidades de pago. Hasta tengo cabezas de repuesto, excelentes. Las hay con cerebro y sin él... *(Alfredo repite como loco: «Absurdo, absurdo...»)* ...pero les recomiendo las segundas, más económicas, y menos complicadas. Además...

(Alfredo tropieza a cada paso con las piernas y brazos postizos y además con partes de muñecas que cada vez aumentan en mayor número, traídas por los personajes que van entrando silenciosamente.

La escena está completamente abarrotada de objetos.)

ALFREDO *(cae al suelo agotado, junto a su mujer, repitiendo incansable).*—Absurdo, absurdo...

(La voz se va apagando. Todos permanecen inmóviles. Casia se dirige al público con estas palabras:

—Rotos y bien rotos están.

TELÓN

JUAN MIGUEL MILLARES ALONSO